

quien estimaba en tanto sus composiciones, que insertó algunas de ellas en sus «Cosas Memorables» (1). Cuanto apreciara en general el Papa, una manera escogida de escribir, lo mostró con su plan de reformar el estilo de las bulas; pero tuvo que desistir de él, porque estas innovaciones excitaban en el extranjero frecuentes sospechas acerca de la legitimidad de los escritos pontificios (2). Pío II solía componer por sí mismo los más importantes breves y bulas, y en lugar de documentos áridos, salían de su pluma piezas elegantes y notables por la suave gracia é impetuosa vivacidad de su estilo, en las que se entretejen hábilmente imágenes y sentencias bíblicas. Lo mismo estos escritos que los discursos del Papa, mostraban claramente al hijo del *Rinascimento* (3).

Cuán grande fuera el amor que llevaba al Papa al fomento de las ciencias, lo mostró socorriendo á sabios extranjeros, favoreciendo las universidades existentes y fundando otras en Nantes, Ingolstadt y Basilea (4). En la bula de fundación de esta última se descubre hermosamente el fogoso entusiasmo de Pío II por el progreso de las ciencias. «Entre las varias felicidades—se dice allí,—que el hombre mortal puede alcanzar por la gracia de Dios en esta vida efímera, no se ha de poner en último lugar la de que pueda adquirir, por medio de un estudio constante, la perla de las ciencias que le señala el camino de una vida buena y feliz, y hace con sus excelencias que el hombre instruido descuelle grandemente sobre los que carecen de instrucción. Hácele también

(1) Voigt III, 620 ss. Cf. acerca de Campano: Serapeum 1847, 147; G. Lesca, Giovannantonio Campano detto l'Episcopus Aprutinus; saggio biografico e critico, Pontedera 1892; Rassegna bibliogr. 1893, 111 s.; Giorn. stor. d. lett. ital. XXI, 411 s.; Flamini, Spigolature di erudizione, Pisa 1895; Schlecht en el Histor. Jahrb. XIX, 352 s. 356; Mandalari, Anecdotti di storia, Catania 1895.

(2) Sigismondo de' Conti I, 223.

(3) Voigt II, 283.

(4) Bulaeus V, 661. Bull. V, 153-156. Prantl I, 13 s. Verdière, Hist. de l'univ. d'Ingolstadt I, Paris 1887, 4 s. Hagenbach 49-51. Vischer, Gesch. d. Univ. Basel 26 s. Sobre las relaciones de Pío II con la Universidad de Roma v. Renazzi 170 s. y Papencordt 515; sobre la protección de las Universidades ya existentes v. Hantz I, 308-309; Denifle I, 452; Bellesheim I, 296; Marchand, Le faculté des arts de l'univ. d'Avignon, Paris 1897; Barduzzi en el Anuario acad. d. R. Univ. di Siena, 1899-1900. Acerca de los méritos de los papas del Renacimiento, como los primeros y mayores bienhechores y fautores de las Universidades en el siglo xv cf. Janssen-Pastor, Gesch. d. deutsch. Volkes I<sup>7-18</sup>, 104 not. 4. Ejemplos de protección de Pío II á sabios extranjeros v. en Vermiglioli II, 132 y Fantuzzi V, 55.

semejante á Dios, y le conduce á conocer claramente los secretos del mundo. Este conocimiento ayuda á los ignorantes y eleva hasta las más altas dignidades á los que han nacido en la posición más humilde. Por esto—continúa el Pontífice—la Santa Sede ha fomentado siempre las ciencias, preparándoles laboratorios y dándoles auxilios para su conveniente medro, con el fin de que los hombres se inclinaran con tanto mayor facilidad á procurarse un tan sublime bien, y luego que lo hubiesen adquirido lo difundieran entre otros. Era su ardiente deseo que en Basilea se abriera un abundoso manantial de ciencia, de cuya abundancia pudieran sacar todos aquellos que desearan ser iniciados en los escritos de la sabiduría.»

En el cultivo de las ciencias, daba el mismo Papa un luminoso ejemplo; pues, á pesar de sus padecimientos y del peso de sus muchas ocupaciones, encontraba todavía tiempo para cultivar los estudios científicos. En las horas nocturnas que sustraía al sueño, trabajaba, en los primeros años de su reinado, en una obra geográfico-etnográfica de grandioso plan: la «Descripción de todo el mundo entonces conocido, adornada con noticias históricas». A qué altura de conceptos se levantara Pío II en esta obra, lo muestra ya su introducción, la cual termina con una explicación que sobrepuja mucho á todas las producciones contemporáneas de la ciencia geográfica. Pío II no se proponía allí menos que demostrar la conexión de las montañas de las partes de la tierra que le eran conocidas (1). Desgraciadamente, aquella grande obra no llegó á terminarse; sólo la primera parte, que trata de Asia, comenzada por Pío siendo cardenal, y elaborada principalmente durante su estancia en Tívoli en el verano de 1461, fué puesta en perfección. Ante todo sorprende en ella la extraordinaria variedad de la erudición de su autor, el cual muestra interés é inteligencia por las cosas más diversas. Describe con vivos colores, no sólo paisajes y ciudades, sino también las circunstancias políticas, las constituciones, usos y costumbres de diferentes pueblos; y se hallan esparcidas en ella observaciones sobre la flora, la fauna, los productos de la tierra y muchas otras cosas. Aun los defectos de los antiguos mapas son allí discutidos, y se trata con particular extensión del Asia Menor. Es muy significativo que el «Asia» con-

(1) V. Berg, Enea Silvio de' Piccolomini (Papst Pius II) in seiner Bedeutung als Geograph, Halle a. p. 1901, 14.

tiene una descripción muy por menor de los turcos, descendiendo hasta los últimos detalles. La cruzada contra este enemigo hereditario de los cristianos era evidentemente lo que desde mucho tiempo había ocupado de un modo particular á Pío II (1). En la parte incompleta, que trata de Europa, ocupa mucho espacio la narración histórica de los últimos tiempos, y con especial extensión trata de Alemania, acerca de la cual andaban esparcidos en Italia muchos errores. También aquí hace memoria particularmente detallada de la guerra de los turcos en Hungría.

Los negocios del gobierno estorbaron á Pío II poner la última mano á esta obra, que debía ser una manera de Cosmografía; y esto nos explica las repeticiones y otros defectos de este trabajo, que, tal como se ha conservado, parece ser un primer borrador. El mérito de esta erudita é ingeniosa obra es innegable, y en ella toman propiamente principio los estudios geográficos científicos. Con pasmosa lectura se han aprovechado allí las más diversas fuentes, y el libro de Pío II fué propiamente el primero que dió á conocer á una numerosa parte del público á Ptolomeo y Estrabón. Es verdad que la disposición ofrece un variado mosaico de noticias geográficas, históricas y de otros géneros; pero esto respondía á la costumbre y gusto de la época (2). Hasta un crítico muy severo, admira la elevación de conceptos de esta obra, por la que Pío II sobrepujó á todos los escritores contemporáneos de Geografía, y les señaló caminos, en mucha parte enteramente nuevos; y opina que no se puede mirar con desdén un libro, que en manos de un Cristóbal Colón sirvió para comunicarle tan poderoso impulso (3).

No menos importantes son las ya repetidamente citadas «Cosas Memorables» de Pío II, en las cuales se manifiesta también el genial Pontífice tan grande observador como narrador ejercitado (4). Con verdadera vocación de historiador había Piccolomini, durante toda su vida, en tan diversos lugares, tomado siempre

(1) Berg. loc. cit. 16-20.

(2) Ibid. 29 ss.

(3) Voigt, *Wiederbelebung* II<sup>3</sup>, 509, Gaspary 133 y Humboldt, *Kosmos*, Stuttgart 1847, II, 291. Burckhardt II<sup>1</sup>, 5-6. Rossi, *Quattrocento* 113. Uzielli 10 s. 23, 86, 186, 243 s. 303 s. 581 s.; cf. también Peschel, *Gesch. der Erdkunde*, München 1877, 217; Wegele 37 ss. y Gengler, E. S.s *Bedeutung f. d. Rechtsgesch.*, Erlangen 1860.

(4) Cf. el citado escrito de Berg 11 en la pág. 87, nota.

notas, no sólo acerca de cuanto había visto y experimentado, sino también sobre aquello que había oído ó venido á saber por medio de otros. Aun siendo Papa conservó siempre esta costumbre, y así llegó á formar la más extensa y original de sus obras. Su autobiografía es al propio tiempo una historia de aquella notable época, cual pasó ante los ojos de este Sumo Pontífice y se reflejó en su espíritu. Incesantemente se empleó Pío II en elaborar esta obra, aun cuando los negocios se amontonaban sobre él de suerte, que era mucho si podía consagrar á aquel trabajo dos horas seguidas, y éstas frecuentemente hurtadas á las horas del sueño. Algunas partes las escribió Pío II, según todas las apariencias, de su propio puño; otras las dictó. «Así está formada esta obra de una multitud de fragmentos pequeños y grandes, enlazados entre sí floja y muchas veces arbitrariamente.» Sólo ofrece una disposición más acabada y como elaborada de una vez, el libro I que describe con relativa brevedad la vida de Pío II antes de su elevación á la Silla de San Pedro. Los 11 libros siguientes refieren por extenso, con frecuencia descendiendo á menudos pormenores, la historia de su pontificado hasta el fin del año 1463. Es cuestionable si procede asimismo de Pío II, el principio de un libro XIII, que la continúa y alcanza hasta Junio de 1464. La narración, escrita en forma de diario, procede en un latín hermoso y flúido, sin guardar orden riguroso de materias; á la exposición de una acción política ó de una guerra, sigue casi inmediatamente la viva pintura de una excursión, ó el carácter ingeniosamente delineado de un personaje. La persona del autor está de tal manera en el centro, que los acontecimientos no se narran con estricta sucesión cronológica, sino conforme al tiempo que llegaron á noticia de Pío II. Este amable desorden se aumenta todavía con las múltiples digresiones históricas, genealógicas y geográficas, á que dan oportuna coyuntura la mención de una ciudad, de una familia ó de un país. Con habilidad no pequeña sabe, sin embargo, el autor, recobrar siempre el hilo de la narración y volver al asunto principal, que es la descripción de su pontificado; también la forma de la narración es siempre por extremo viva y original; un sentimiento extraordinariamente fino de todo lo bello, acompañado del más penetrativo espíritu de observación, conduce al autor por entre estas pinturas episódicamente entretajidas. Pío II acertó á describir con verdad real y arte insuperable, no sólo los

paisajes, sino también las fiestas sagradas y profanas, unas regatas en el lago de Bolsena, una revista de las tropas de Federico de Urbino, una tempestad en el mar (1). A pesar de las múltiples digresiones, se lee todo este libro como un diario redactado en medio de los mismos acontecimientos (2). Las faltas, inevitables en una obra escrita de esta manera, no se ocultaron a Pío II; como lo demuestran numerosas correcciones de estilo de su propio puño, en el manuscrito primitivo; pero desgraciadamente no le fué permitido dar por sí mismo á su obra la última mano. Su poeta áulico recibió el encargo de corregir en lo posible las desigualdades que todavía quedaban; pero que Campano no tomara demasadamente á pechos este trabajo, ha sido una buena dicha para la posteridad.

Una fina y amorosa observación de los hombres y de las cosas, madurez de juicio, frescura juvenil en el modo de concebir y de exponer, son cualidades innegables de este notable libro, que ofreció al mundo el Papa humanista; el cual, si no está exento de

(1) La grandiosa descripción de la tempestad del mar en Porto (Comment. 303 s.), la trae Biese 160 s. traducida de esta suerte: «El mar, que ya el día anterior había estado siempre agitado é innavegable, empezó por la noche á alterarse mucho más de lo acostumbrado; desátase un impetuoso huracán; el viento sur remueve las aguas desde el profundo del mar y enormes olas azotan la ribera; podíase oír cómo el mar en cierta manera gemía y aullaba; los vientos se enfurecen unos contra otros, ya vence uno, ya huye precipitadamente, derriban los bosques y cuanto se los opone, el éter relumbra con frecuentes rayos, el cielo retumba con el trueno; aunque brillaban continuos relámpagos, la negra obscuridad de la noche doblaba el terror, y caía del cielo á torrentes tal cantidad de agua, que ya no se podía llamar aquello lluvia, sino un diluvio, como si el Criador del orbe de la tierra hubiese resuelto anegar de nuevo en las olas al género humano.»

(2) V. Voigt II, 336 y Rossi, Quattrocento 113 s. Cf. Cugnoni 15 y 180. Christophe II, 107 s. Sobre el Cod. Regin. 1995 de la *Biblioteca Vaticana*, en el cual creo reconocer el manuscrito original de los Comentarios del Papa, cf. apéndice n.º 65. A pesar de la demostración de Voigt, apoyada en pruebas, de que Johannes Gobelinus, vicario de Bona (oriundo de Linz, sobre el Rhin), que figura como autor ó colaborador en el título de las ediciones impresas (Roma 1584 y 1589. Francfort 1614), no era más que un copista; no acaba todavía de desvanecerse este error. Así, por ejemplo, el mismo Hegel (*Städtechroniken XVIII* 1, 92) habla «del historiador eclesiástico Gobelino» como autor de los Comment. Pii II. Sobre Gobelino nada de nuevo trae Hartzheim (*Biblioth. Colon.* 174). Tampoco ofrece nada el *Archivo parroquial de S. Martín de Bona*, pues los protocolos más antiguos del monasterio de S. Casio sólo se remontan hasta 1568; por lo demás, según una benévola comunicación del Sr. Vicario Hürtz, se halla un Gobelino, que á 23 de Enero de 1580 era cura de Waldorf, villa situada á dos horas de Bona. Algunas nuevas noticias sobre Gobelino dió últimamente Geffroy en las *Mél.* de Rossi 361 ss.

los defectos de las historias escritas entonces y de las Memorias en general (1), es, con todo eso, de gran valor como fuente histórica. Y aunque es verdad que con frecuencia se echa de menos la exactitud y objetividad de los pormenores, con todo, por este libro, como por todos los que escribió el ingenioso Papa sienés, se adquiere «un concepto en alto grado vivo y personal, lo cual no deja de tener su valor, aun comparado con los más fundamentales documentos» (2). El desapasionado lector de las obras con que el Papa Pío II se hizo acreedor al agradecimiento de la ciencia geográfica é histórica, no podrá menos de convenir con un investigador acatólico, que encuentra en ellas un glorioso testimonio de haberle animado un alto sentido de la ciencia y el arte, y una aspiración á todos los más elevados bienes de la vida (3).

(1) Es indudable que Pío II traza su propio retrato con los colores más favorables, y que sus digresiones dan muestras de la locuacidad senil, como dice Gaspary (133-134); cf. allí mismo 655 un ejemplo evidente de cómo Voigt entiende mal á Pío II y le trata con sistemática desconfianza. Gaspary indica (135) también los hermosos testimonios de la sabiduría política de Pío II, que contienen los Comentarios. Acerca del estilo de Pío II v. Papencordt, Roma 512-513.

(2) Voigt II, 317. Cf. Reumont III, 1, 335 s. Monod en la *Rev. hist.* I, 8-9; Petrini 185; Gregorovius VII<sup>3</sup>, 584 s.; Cipolla 489 s.; J. B. Christophe, Pío II écrivain, Lyon 1865. Cf. también Lesca 61 ss. 213 s. 409 ss. y Rossi, l. c. Según Lesca, hay urgente necesidad de hacer un trabajo especial sobre los Comentarios de Pío II.

(3) Hagenbach 41.